



PABLO POVEDA

INVISIBLE

UN THRILLER PSICOLÓGICO DE AMOR, MISTERIO Y SUSPENSE

Pablo Poveda

Invisible

Copyright © 2019 by Pablo Poveda

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, scanning, or otherwise without written permission from the publisher. It is illegal to copy this book, post it to a website, or distribute it by any other means without permission.

This novel is entirely a work of fiction. The names, characters and incidents portrayed in it are the work of the author's imagination. Any resemblance to actual persons, living or dead, events or localities is entirely coincidental.

Pablo Poveda asserts the moral right to be identified as the author of this work.

First edition

Cover art by Pedro Tarancón

Proofreading by Ana Vacarasu

This book was professionally typeset on Reedsy

Find out more at reedsy.com

*Vete con él ahora que te llama, no
puedes negarte, cuando no tienes
nada, no tienes nada que perder,
ahora eres invisible, no tienes
secretos que guardar.*

— Bob Dylan

1

Avenida Marginal (Paço de Arcos, Portugal)

1 de septiembre de 2017

Marlena se había marchado para siempre.

Cada mañana, se levantaba con el recuerdo de su rostro en la retina. No lograba aceptarlo. La ingeniera se había marchado de su vida con un adiós demasiado doloroso.

Cada mañana, se sentaba en la terraza del apartamento en el que se habían escondido, su chófer y él, durante casi ocho meses enteros. Vivían en un acogedor ático de tres dormitorios, gran salón de carácter minimalista, y con una enorme terraza acristalada desde la que se podía ver el puente del 25 de Abril, la capital lusa, a lo lejos, y la Praia Velha a escasos metros.

Frente al balcón cruzaba la avenida Marginal, una carretera que conectaba toda la costa, desde Lisboa a Cascais, y por la que miles de conductores pasaban a diario para ir a sus puestos de trabajo en la capital o en el pueblo de Belém.

Mariano había conseguido aquel apartamento gracias a un viejo contacto suyo, de cuando Portugal y España eran dos países separados por una frontera. Un periodo que

desapareció con la Unión Europea, como las aduanas y los viejos servicios de inteligencia.

En un principio, no le pareció una mala idea.

Desde allí no será complicado regresar a España, una vez hubieran decidido cuál sería el siguiente paso. Sin embargo, la estancia se volvió pesada y estar frente al Tajo sólo le traía imágenes de sus últimas vacaciones en Montenegro.

Las palmeras se doblaban atacadas por la brisa marítima. Los botes de la costa se movían de lado a lado por la marea. El sol picaba sobre el agua y parecía que sería un día caluroso.

De haberlo deseado, podría haberse quedado allí, haber rehecho su vida como arquitecto, como empresario o como hubiera deseado, pero estaba obsesionado con ella.

De pronto, la puerta de la vivienda se abrió.

—¿Señor? —preguntó Mariano al entrar en el apartamento—. ¿Ha desayunado?

Don se había perdido buceando en sus pensamientos y en el hipnótico romper de las olas en la orilla de la playa. Se rascó el mentón, ahora poblado por una barba oscura y dura que le cubría toda la cara. También había dejado crecer el pelo hasta conseguir una melena lacia que le llegaba a la altura del lóbulo de la oreja.

—No —respondió—. Todavía no.

—Lamento ser insistente, pero deberíamos apresurarnos —contestó con gesto serio—. Nos quedan seis horas hasta Madrid.

Don comprobó la hora en su reloj. Eran las ocho de la mañana.

—Tienes razón, Mariano. Discúlpame.

A pesar de todo el tiempo que habían permanecido unidos, el chófer era incapaz de romper la distancia que existía entre ellos.

Mariano guardó silencio y se dirigió a uno de los dormitorios.

Don se puso en pie y volvió a mirar hacia Lisboa. Su tiempo allí se había agotado. Ambos lo habían decidido.

Una vez pusiera un pie en España, no habría vuelta atrás, aunque para él nunca había existido ese escenario.

Para él, suponía un nuevo desafío.

Actuar como quien no era, como quien nunca había sido.

Ricardo Donoso había muerto para siempre, no sólo en un registro, sino también a la hora de moverse por las calles de la ciudad. Los ensayos por Portugal, la apropiación de una nueva identidad, como si de un actor de cine se tratara, era más complejo de lo que la opinión general creía. Desde hacía poco más de medio año se había transformado en Rikard Bager, un desconocido danés que, poco a poco y con la ayuda de Mariano, se había apropiado de su piel, de su forma de pensar e incluso del modo en el que miraba al mundo. Pero, a pesar de los esfuerzos, esa voz interior, calmada durante los últimos meses, había vuelto a despertar en él para susurrarle al oído por qué seguía vivo.

—Voy a recuperarte, Marlena —murmuró con los ojos clavados en el mar picado.

Tomó la taza de café que había junto a la mesa de cristal, dio un trago al líquido ya frío y volvió a dejarla donde estaba.

Sus movimientos eran lentos, pero precisos. Un fuerte cosquilleo recorrió sus órganos.

Llevaba demasiado tiempo sin actuar. Mariano no se lo había permitido. Y, en parte, se alegró de que hubiese sido así.

Ahora que tenían un plan, ahora que estaban dispuestos a regresar, se juró descargar toda esa ira cuando llegara el momento adecuado.

Era invisible.

—Vélez —murmuró de nuevo y esbozó una mueca de victoria en la cara.

Después se puso en pie y caminó hacia el interior de la vivienda.

* * *

Paço de Arcos era un pequeño pueblo costero en el que la mayoría de sus habitantes se conocían. A pesar de que sus apariencias no fueran muy diferentes a la de los locales, Don y Mariano no tardaron en ser el plato principal de la

conversación cuando se dejaron ver por las calles con frecuencia.

Era el precio a pagar, aunque no dejaba de ser molesto.

Pese a todo, la seguridad del hermetismo luso, de un pueblo sin turismo y de una comunidad que no miraba con malos ojos al vecino español, la estancia se hizo segura y eran conscientes de que nadie los encontraría.

Llegar hasta allí no les había costado apenas, desde que Don viajaba como un pájaro libre. Quedarse, tampoco.

Abandonaron el edificio y atravesaron varias calles empedradas hasta llegar a la rua Costa Pinto y alcanzar la praça República. Una vez dejados atrás los lujos del pasado, Don había comenzado a apreciar la belleza de lo simple, el encanto de lo cotidiano.

La Tasquinha da Vilaera un restaurante situado en un bajo en el que ofrecían una carta limitada pero sabrosa. Aunque nunca había sido un ocasional de los bares ni de las tabernas, tanto el chófer como él encontraron en ese lugar un punto de desconexión de los caminos que habían tomado. La Tasquinha la regentaba un hombre calvo de aspecto simpático con el que se entendían en *portuñol*, esa mezcla de portugués y español que rompía las distancias entre los turistas vecinos.

—*Bom dia* —dijo al entrar y se dirigió a una de las pequeñas mesas del fondo.

El local no contaba con excentricidades y, más bien, la decoración era bastante austera.

Pidió el segundo café de la mañana y unos huevos revueltos mientras esperaba a Mariano, que se había quedado cargando el equipaje en el Peugeot 508 que les había prestado su contacto.

El lujoso sedán alemán que siempre había llevado, era parte de la historia, como su nombre.

Le costaba acostumbrarse a esa vida exenta de comodidades.

Se notó un poco nervioso. No era a causa del café, sino del trayecto que estaba a punto de realizar. No había transcurrido un periodo de tiempo demasiado largo desde que había abandonado Madrid y, sin embargo, se sentía como una década.

Su ciudad, su mundo, su fortaleza, ahora convertida en un desierto desconocido, en un baile de máscaras y puñales. La reciente experiencia le había enseñado que no podía confiarse. Un desliz más como el de Copenhague y terminaría con una bala entre ceja y ceja.

Y entre recuerdo y recuerdo, le era imposible no volver a verla en su carrusel de fotografías mentales. Cada vez que lo hacía, un fuerte pinchazo le atravesaba el esternón. La Marlena de sus amores se había despedido de él prometiéndole guardar su secreto. La mujer de su vida se había llevado lo único que convertía a Don en quien realmente era: una bestia con forma humana.

Tras una conversación liviana en la que quedaron muchas incógnitas sin resolver, harta de tanto secretismo, la

ingeniera se despidió con un beso en la mejilla y cuídate, para después subirse a un taxi que la llevaría al aeropuerto.

Nunca volvería a saber más de ella, oficialmente, aunque Mariano había logrado localizarla en Madrid.

Al terminar el almuerzo, apoyó los codos sobre la mesa, los pulgares sobre la barbilla, y dejó descansar el rostro mientras pensaba. Ahora que era otra persona, que su imagen había cambiado, era el momento de poner las emociones a un lado, aquellas que nunca le habían guiado hacia el éxito, sino hacia el más puro de los infiernos, y centrarse en ese desgraciado de Vélez.

Mariano le había puesto al tanto de quiénes eran, qué hacían y cómo habían sobrevivido al paso del tiempo. Ocho meses daban para un exceso de silencios, de conversaciones tardías y de botellas de *whiskey* vacías en la terraza de ese bonito apartamento.

Ocho meses en los que el exagente le había revelado quién había sido en el pasado y qué posición ocupaba en el tablero en esos momentos.

Al menos, en cierto modo.

—Sé que no me van a devolver a mi familia, pero quiero que paguen por lo que han hecho —dijo, una noche de luna brillante y cielo raso.

Venganza era una palabra que no llegaba a englobar todo lo que deseaba ese hombre. También guardaba secretos de Estado, información privilegiada y sensible que lo hacía más valioso mientras tuviera la boca cerrada.

—Quien realmente conoce el valor de la información, nunca la hace del todo pública —explicaba otra noche, acostado en el sillón de mimbre—. Y mucho menos se la vende a un periódico. Ellos son los primeros que trabajan para el Gobierno.

En efecto, Don ni siquiera cuestionaba una sola de las palabras que ese hombre soltaba por su boca.

Sabía lo que hacía, le habían entrenado para ello.

—Un secreto deja de serlo cuando se comparte con otra persona —dijo en otra ocasión, mientras se refería a la ingeniera—. Me alegra saber que no se lo contó todo a la señorita Lafuente.

Gracias a su extensa red de contactos y a la valiosa documentación que poseía, Mariano había localizado a un funcionario público conectado a la red de informadores del CNI.

El sujeto trabajaba en Madrid como empleado en una importante aseguradora española y era una de las personas que tenía acceso a Vélez, fuera de su círculo interno.

Localizarlo e interrogarlo era el primero de los muchos objetivos de la misión que tenían por delante.

El último de estos era más que obvio: poner fin a la pesadilla.

2

Cruzaron el grandioso puente colorado y dejaron atrás la capital.

Antes de que el chófer empezara con sus preguntas y repitiera, por enésima vez, que no habría retorno, Don sopesaba si realmente estaba preparado para afrontar lo que tenía por delante. En el fondo, aquel no era su plan, sino el de Mariano. A él sólo le importaba volver a verla.

Las inseguridades se agarraban a su pecho como una corona de espinas.

Había soñado con el reencuentro desde el mismo instante en el que ella abandonó aquel hotel de Montenegro. Se preguntó si le habría perdonado, si sería capaz de darle una nueva oportunidad. Lo que más le aterraba era que ella se hubiera olvidado de él, de lo que habían creado juntos, aunque hubiese sido por un breve periodo de tiempo.

El amor, aquel término abstracto del que siempre había huido, al que nunca había llegado a conocer en profundidad, ahora le desgarraba las entrañas haciéndole sentir una pena que nunca había albergado en su interior por tanto tiempo.

Por primera vez en su vida experimentaba lo que era desprenderse de lo que más quería.

—Pararemos en Extremadura para repostar, cerca de Trujillo —comentó Mariano al volante del vehículo francés. Era espacioso, silencioso y disponía de las mismas comodidades que los de alta gama, aunque el olor de la tapicería era distinto. Había algo en el interior de esa máquina que marcaba la diferencia—. Después seguiremos hasta Madrid.

—Estupendo. Tú llevas el timón.

—Le recuerdo que...

Era cuestión de tiempo que lo mencionara.

—Sí, lo sé. Nada de comportarse como antes. Creo que el mensaje ha calado durante estos meses, Mariano.

El chófer chasqueó la lengua.

—Este no es un viaje de turismo, señor. Ni tampoco un regreso para recuperar lo que ha perdido. Ahora mismo, usted ya no es quien era, ni yo tampoco. Para ellos, todavía sigo con vida, de un modo oficial, quiero decir.

—Te entiendo. Pero eso no cambia nada.

—Ya lo creo que sí —replicó—. Volar hasta Portugal fue un movimiento arriesgado, aunque nos ha salido bien. Eso no significa que Vélez y sus hombres no hayan hecho el trabajo de mantenerse al tanto de mi localización, y por ende...

—La mía.

—Eso me temo.

—¿Cómo estás tan seguro de que saben que sigo vivo?
—preguntó desconcertado. Hasta el momento, Mariano no se había pronunciado al respecto—. Supuestamente, mi cadáver yace en algún lugar lejano. Tal vez crean que decidiste abdicar, renunciar a lo que se supone que debías hacer y retirarte en Portugal para empezar de nuevo. Cerca, pero distante. No serías el primero. Acuérdate de...

—En esta ocasión... es diferente —murmuró con la atención puesta en la carretera. El vehículo no llamaba la atención y se mezclaba con el tráfico de coches, que tenían un aspecto similar. Los altos impuestos a los vehículos en el país vecino provocaba que muchos ni se plantearan adquirir coches caros—. Vélez no es estúpido. Sabía que regresaría y le envió a uno de sus hombres hasta Dinamarca. Casi nos cuesta un disgusto.

—Aquel fue un error tuyo y de Marlena, si mal no recuerdo...

Mariano volteó la mirada.

Sus ojos se encontraron.

Por primera vez, le hirió la insolencia del arquitecto. Todo lo que había hecho por él, parecía no significar nada.

—Lo importante es que supimos cómo resolver la situación —respondió. Él nunca hablaba de muertos, ni de objetivos. Siempre se refería a los enfrentamientos con sangre en términos relativos—. Pero eso no marca una diferencia. Una máquina de matar sólo es abatida por otra. Nuestra única salida fue el error que cometimos. ¿Existía otra opción?